

Enfermedad y muerte del Cardenal Guisasola.

Dios Nuestro Señor, que es el autor de la salud y de la enfermedad, de la muerte y de la vida, en sus inescrutables designios, se ha llevado para Sí a nuestro Emmo. y Rvdmo. Prelado el Cardenal Guisasola. ¡Lección tremenda de la caducidad de lo humano!

Era voz común el presagiar a Su Eminencia un Pontificado tan largo de años como lleno de merecimientos; su fortaleza parecía inquebrantable, inextinguibles sus alientos. Como siempre, abrigaba también ahora magníficos proyectos; el Concilio provincial, el Sínodo Diocesano y el segundo concurso a Curatos habrían de ser halagadora realidad en el espacio de un año, y lo hubieran sido ciertamente.

A la acción social católica, con la ayuda de luminosísimas y Augustas enseñanzas, preparaba ancho cauce por donde, sin lastimarse, ni aun rozarse, hubieran discurrido, dentro de la unidad, las variadas tendencias sobre aquello que Dios dejó a la disputa de los hombres. Tan fecundas empresas hánse convertido en vanas esperanzas.



Ha muerto el Emmo. Sr. Cardenal Guisasola como vivió, cumpliendo aquellas palabras del Apóstol San Pablo, que le han servido de lema en su escudo de armas: *«Labora sicut bonus miles Christi Jesu»*.

Apenas hace dos meses cuando, de vuelta de Roma, bajó a la Catedral para bendecir al pueblo, bendición afectuosísima, que en persona le concedió para su Clero y fieles nuestro Santísimo Padre Benedicto XV: esto era en la festividad de San Pedro y San Pablo, 29 de Junio.

A los pocos días salió de esta ciudad para Somió (Asturias), con la esperanza suya y la de los demás de que los aires natales habrían de fortalecer su salud visiblemente quebrantada desde su viaje a Roma.

Al despedirse en la estación, una intensa melancolía asomó a su rostro y con amarga sonrisa nos bendijo a todos. Quizá en aquellos momentos asaltóle la idea de que ya no volvería a Toledo.

En Asturias detúvose algún tanto su decaimiento durante los primeros días, mas luego principiaron de nuevo síntomas tan sospechosos, que hubo de necesitar asistencia médica. Prestósela continua el P. Wenceslao Vigil, afamado Médico de aquel país, que há dos años, renunciando al mundo, hízose Religioso de la Compañía de Jesús. Tenía con él Su Eminencia estrecha amistad desde su juventud, y nadie mejor que el P. Vigil, que aunaba tan excelentes cualidades, podría atender al ilustre enfermo en cada momento preciso: el Padre Provincial de la de León, gustoso dióle la licencia para que cuidara a nuestro Prelado.

Diagnosticó muy luego el P. Vigil que la debilidad de Su Eminencia tenía causa muy honda y de consideración, y, sin perder instante, comenzó a curarle según los dictados de la ciencia. Sucedieron a ésto varias alternativas en la salud de Su Eminencia, que unas veces eran risueñas esperanzas, otras, dolorosos desencantos; pero lo cierto es que la pendiente iniciada seguía su curso inexorable.

Estuve en Somió cuatro días durante la primera quincena de Agosto y mi impresión fué desconcertante; era necesario un favor grande de Dios para que se curara Su Eminencia. Vencerá, decían los más optimistas, porque su naturaleza es muy sana y nunca há estado enfermo.

En ese tiempo no cesó de hablarme de los asuntos de la Diócesis, dando resoluciones, esbozando proyectos y manifestando con palabras ciertas lo que era urgente hacer a su vuelta a Toledo; y aunque le suplicaba que no se ocupara entonces de negocios, que tiempo habría de despacharlo todo, podía en Él más el hábito del trabajo y el cumplimiento de lo que en aquellas circunstancias estimaba un deber.

Siguió avanzando el decaimiento, de suerte que la última vez que celebró la Santa Misa fué el día 9 de Agosto; en adelante oyóla sentado en su sitial, contestando a todas las oraciones como ayudante y comulgaba en ella, guardando el ayuno natural con gran trabajo, sobre todo por la sed, que le atormentaba. A fines del mismo mes ordenaron los Médicos que había de tomar medicinas hacia la madrugada, y ya entonces Su Eminencia, usando

del privilegio, comulgaba dos veces en semana, pero no dejaba de oír la Santa Misa cada día. Hasta el 13 de Agosto ni una vez siquiera se excusó de rezar íntegro el oficio divino, y fué necesario que su confesor se lo mandara dejar, señalándole en su lugar unas breves oraciones.

Decidida la vuelta, salió Su Eminencia de Gijón en el rápido de Madrid, a las cinco de la tarde del día 27, acompañándole sus familiares y el P. Vigil. La venida hízola sin graves molestias y aun llegó su enfermedad a presentar un síntoma muy alentador; pero quizá el cambio de presión atmosférica, quizá también la fatiga del camino, que aun hecho con toda clase de comodidades resulta penoso, sobre todo para un enfermo, y más que eso el que su mal había echado hondas raíces, sucedió que a las diez menos cuarto de la mañana del día 28, hora en que llegó el tren rápido a Madrid, Su Eminencia hallábase tan demacrado que su vista nos causó a todos gran tristeza. Anduvo, sin embargo, por su pie desde el segundo andén a la parada de automóviles, circunstancia que en él denotaba bastante vigor. Acostóse aquel día por primera vez, durante todo el curso de su enfermedad, con ánimo de vestirse al siguiente, una vez reparado del cansancio del camino; mas como el domingo no hablara nada de levantarse, nos quedamos sorprendidos, sorpresa que se convirtió en grave alarma, porque se había presentado la fiebre.

El Médico de cabecera pidió consulta, y reunidos con él los Doctores más afamados, que a la sazón había en la Corte, convinieron unánimes en que el estado de Su Eminencia inspiraba serios temores. Redobláronse los cuidados y comunicóse la triste noticia, pidiendo oraciones al Excmo. Cabildo Primado y al demás Clero y fieles de la Archidiócesis, mediante la publicación de un número extraordinario del *Boletín Eclesiástico*.

Pasó Su Eminencia muy sosegado el domingo y lunes, tanto que los Médicos, persistiendo aun en su criterio, opinaron que estaba mejor; pero la noche del lunes volvió a acentuársele la postración, y los familiares creímos llegado el momento de anunciar con toda delicadeza a Su Eminencia que sería conveniente que recibiese el Santo Viático. Oyólo sin alteración alguna, y nos mandó que avisáramos para las cinco de la tarde al P. Horcajada, venerable Sacerdote Paúl de la Casa de Chamberí, que había sido confesor de Su Eminencia cuando fué Obispo de Madrid-Alcalá y que seguía siéndolo en las estancias suyas en la Corte.

Así las cosas, se dispuso que a las diez y media de la mañana del miércoles, día 1.º de Septiembre, el Cabildo Catedral de Madrid con todo el Clero secular y regular de la Corte diera el Santo Viático a Su Eminencia.

La conmoción de Madrid a tal noticia fué enorme. Su Majestad el Rey, venido de Santander con motivo de la crisis, al saberla, afectóse hondamente, y a cada instante, bien por medio de su Secretario particular el Excmo. Sr. D. Emilio María de Torres, o valiéndose del teléfono, mandaba preguntar por el estado de Su Eminencia; y además ordenó que el Santo Viático fuera llevado en una carroza de la Real Casa. El Prelado de Madrid, Excelentísimo Sr. Melo, desde Vizcaya, donde se hallaba, regresó precipitadamente a la Corte. El Excmo. Sr. Obispo de Sión, único Prelado que había en Madrid cuando llegó Su Eminencia, no dejó de visitarle mañana y tarde. El Excmo. Sr. Dato, Presidente del Consejo, habiéndole dado Su Majestad el Rey la fatal noticia en la jura de los nuevos Ministros, fué sin perder momento a saber de la salud de Su Eminencia, y después los otros Ministros, que había en Madrid. Sacerdotes, religiosos, políticos, escritores, militares, próceres, la judicatura y gente del pueblo, afluían en número incontable al palacio de la Comisaría de Cruzada.

A las nueve de la noche del martes, día 31, por consejo de los médicos, se significó al egregio enfermo la oportunidad de no esperar al día siguiente para administrarle el Santo Viático y accedió al punto, y desde la capilla del Palacio el Ilmo. Sr. Obispo Auxiliar llevóle el Santísimo Sacramento y después dióle la Santa Unción. A todas las oraciones contestaba Su Eminencia con voz entera y clara; y luego, en momento tan solemne, renovó su adhesión a la Sede Apostólica, mandándonos a los familiares que lo manifestáramos a Su Santidad por telégrafo.

Al punto que el Cabildo de Toledo supo la gravedad inminente de Su Prelado, envió a la Corte a los Muy Ilustres Sres. D. Joaquín de la Madrid y de Arespacochaga, Chantre, y D. Rafael Martínez Vega, Canónigo, en calidad de Comisarios suyos, para que en su nombre le acompañaran y consolasen. Llegaron en el momento de dar el Santo Viático a Su Eminencia y asistieron juntamente con otros sacerdotes, que había en el Palacio; cuando Su Eminencia dió gracias a Dios y descansó de la fatiga, entrando yo a su Cámara anunciéle, como Deán, que estaban allí los Comisarios del Cabildo. Me respondió que pasaran, y al verlos iba repitiendo sus nombres con

mucho agrado. Besáronle ellos la mano y, después con breves palabras, le signifiqué cómo el Cabildo quedaba orando ante Nuestra Señora y Patrona del Sagrario, muy deseoso de alcanzarle la salud del cuerpo, si le convenía, y abundancia de bienes espirituales para su alma. Respondió con una frase de gratitud y al instante comenzó a hablar en tono muy tierno y con alta voz. Irrumpieron entonces dentro de la Cámara el Ilmo. Sr. Obispo Auxiliar con los familiares y otros sacerdotes, y arrodillándonos todos al pie del lecho de Su Eminencia, oímos que con clara y distinta voz decía: «Pido perdón a mi Cabildo por el poco ejemplo que le he dado..... por mi poco celo.....» Partíase el corazón de pena al escuchar aquellas palabras, y aprovechando el descanso a que le obligó la fatiga, le respondí que nos hallábamos muy contentos y nos considerábamos muy felices de tenerle por nuestro Prelado; que nosotros, sin duda, le debíamos pedir perdón, y que yo, en nombre del Cabildo y de todo el Clero de la Diócesis, se lo pedía. Otorgóle Su Eminencia diciendo: «Está bien.» Hubo una brevísimas pausa y Su Eminencia, alzando aún más la voz, llamó a uno de los Comisarios del Cabildo, cuya ejemplarísima vida y amor a los pobres son conocidísimos en esta ciudad y aun en toda España, y le dijo: «Padre Joaquín, bendígame en nombre del Cabildo.» Acercóse entonces a su cabecera y le bendijo. «Bendiga vuestra Eminencia a los presentes, al Cabildo de Toledo y a todo el Clero y fieles de la Diócesis», le dije, y alzando los brazos, como pudo, nos echó la bendición. Al llegar aquí, incapaces de contener los sollozos, nos retiramos todos de la Cámara.

Mejorado Su Eminencia aquella noche, a las tres de la madrugada del miércoles, pidió recibir otra vez a Nuestro Señor, y al instante se le dió la Sagrada Comunión. De vez en vez procurábamos excitar su piedad y devoción con actos de amor de Dios y arrepentimiento de sus pecados, animándole a que depositara su confianza en el patrocinio de la Virgen María nuestra Señora. Todo lo atendía su Eminencia respondiendo a las jaculatorias y oraciones.

A las nueve de la noche, el Excmo. Sr. Prelado de Madrid le aplicó la indulgencia plenaria; al reconocerle Su Eminencia quiso abrazarle y el piadoso Prelado le consoló diciéndole que esperase en la misericordia divina y le repitió muchas plegarias y jaculatorias.

A los familiares iba dirigiéndonos Su Eminencia palabras de

tanto cariño y dándonos tales muestras de afecto, que no podemos recordarlas sin que asomen las lágrimas a nuestros ojos.

Seguía Su Eminencia enfervorizado recitando jaculatorias, pero su vida se apagaba lentamente. Era de oír aquella triste noche cómo Su Eminencia, al preguntarle si pedía perdón a Dios de todos sus pecados, con gran ahinco respondía: «De todos..... de todos.» Era de admirar cómo estando tan débil, al anunciarle que le iba a absolver—una de las muchas que le absolví—comenzó a recitar confusamente el *Señor mío Jesucristo*.

Cuando se le agotaron las fuerzas, un solo nombre repetía distintamente en las jaculatorias: *María*.

Así llegó a la madrugada del jueves, y a las cuatro, el P. Vigil anunció que quizá estuviese cerca la muerte de Su Eminencia, pues el pulso, hasta entonces normal, comenzaba a tener algunas intermitencias. Arrodillados todos, comencé a leer en alta voz la recomendación del alma; al terminarla, el pulso había cesado, pero ni la más leve contracción muscular delató el momento de su muerte. Seguimos un rato arrodillados cercando el lecho del agonizante, y luego el Ilmo. Sr. Obispo Auxiliar rezó un responso, pues Su Eminencia había ya muerto.

Quedóse el cadáver como en dulce sueño, porque Dios Nuestro Señor concedió a Su Eminencia la inestimable merced de que no sufriera dolores en su enfermedad ni al final de ella; en su agonía no tuvo estertor, sino tan sólo respiración anhelosa.

¡Así acaban las grandezas de la tierra!; pero Su Eminencia, que en trabajos y sufrimientos tanto había atesorado para el cielo, nos ha dejado aquí con sus mortales despojos una vida llena de ejemplos en la defensa de los derechos de la Iglesia, en la observancia de la disciplina Eclesiástica, en su celo por el mejoramiento moral y material del Clero, en su amor ardiente a las clases humildes, al proletariado, y por encima de todo eso y como norma de ello, en su adhesión fervorosísima a la Sede Apostólica. R. I. P. A.

Narriso de Estenaga.

Numancia.